



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# IMPRESIONES DE VIAJE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO  
LA DRAKENFELS. — COBLENZA.

Después de haber salido de Bonn, fuimos por un camino encantador, que costea una orilla del Rhin, resguardado al otro lado por la base de una cadena de montañas sembradas de aldeas, castillos y vilas. Encontramos á nuestra izquierda, en una de las laderas del camino, un pequeño monumento llamado Hock Kreuz (la Cruz alta). Ninguna tradición encierra aquella capillita del mas bonito gusto gótico; es simplemente un testimonio de la piedad de monseñor Valram de Juliers, arzobispo de Colonia, uno de mis antiguos conocimientos,

que representa un papel en mi novela de la *Condesa de Salisbury*.

Desde allí es desde donde se empieza á descubrir bajo su mas pintoresco punto de vista, las bellas ruinas de Godesberg. Al salir de esta aldea, tomamos á nuestra izquierda por un caminito de travesía que nos condujo en pocos minutos á la aldea de Rhungsdof, orilla del Rhin, donde nos encontramos muchas lanchas en espera de los viajeros; en pocos minutos mas fuimos trasportados á Koenigsointer, lindo caserío situado en la otra orilla. Nos informamos de la hora en que pasaba el buque de vapor, y nos contestaron que pasaba al medio dia. Esto nos daba de tiempo cinco horas; era mas de lo que se necesitaba para visitar las ruinas de Drakenfels.

En cuanto pusimos el pié en tierra, como no dudaron que fuésemos trepadores, recibimos una carga de un verdadero escuadron de burros, burreros y burreras, que nos envolvian y se pusieron á alabar cada uno las cualidades de su cabalgadura. Uno de estos corceles nos sedujo por el contraste de su magnífica silla y la modestia de su nombre, se llamaba Juanito Hacuschen. Su amo prometió por él, bajo palabra de honor, que no se revolcaría ni pasaría muy cerca de los precipicios. Mediante estas dos promesas, nuestra compañera de viaje se confió á él.

Juanito cumplió su palabra, por lo que puedo

recomendarle en conciencia á las lindas viajeras de todos los países que desean no verse precipitadas en algun barranco.

Después de tres cuartos de hora de subida próximamente, por un bonito sendero que rodea la montaña, llegamos á la primera meseta, donde encontramos una posada y una pirámide. Juanito se dirigió directamente á la una y yo á la otra; de modo, que por lo que respecta al parador me veo obligado á referirme á él. En cuanto á la pirámide, se elevó en memoria del paso del Rhin por el ejército prusiano.

En las cuatro caras de la base hay las inscripciones siguientes:

*¡ Honor y gloria al Altísimo !*

*¡ Paz y libertad á la patria !*

*¡ Honor á los héroes que han sucumbido !*

*¡ A los héroes, homenaje de la Lansturna de Sickingen !*

Como se ve, hay en la cuarteta de Lansturna de Sickingen mas patriotismo que imaginación; pero parece que la Lansturna ha sido quien la ha hecho: como se sabe, la Lansturna es la guardia nacional de Prusia.

Desde esta primera plataforma, un lindo camino tortuoso y enarenado como el de un jardín inglés, conduce á la cima de Drakenfels. Se llega primero

á una torre cuadrada, en la que se entra con bastante dificultad por una hendidura, luego á una torre redonda, que completamente deteriorada por el tiempo, ofrece mas fácil acceso. Esta torre está situada en la roca misma del Dragon. El Drakenfels toma su nombre de una antigua tradición que se remonta al tiempo de Juliano el Apóstata. En una caverna que se enseña á la mitad del camino de la montaña, se habia retirado un enorme dragón, tan perfectamente arreglado en sus comidas, que el dia que se olvidaban de llevarle un prisionero ó un culpable, al sitio donde tenia costumbre de encontrarle, bajaba al llano y devoraba á la primera persona que hallaba. Bien entendido que el dragon era invulnerable.

Sucedía esto, como hemos dicho, en el tiempo en que Juliano el Apóstata llegó con sus legiones á acampar en las orillas del Rhin. Los soldados romanos, que no tenían mas vocacion para ser devorados que los naturales del país, se aprovecharon de la guerra que hacia á los pueblos de las cercanías para alimentar el monstruo sin que les costase nada. Entre los prisioneros se encontraba una jóven tan hermosa que se la disputaron dos centuriones, y no queriendo cederla ninguno de los dos, estaban próximos á degollarse, cuando el general para ponerlos en armonía decidió ofrecer á la jóven al monstruo. Se admiró mucho la sabiduría de aquella

sentencia, que algunos compararon á la de Salomon y se dispusieron á gozar del espectáculo.

En el dia dicho, la jóven fué conducida, vestida de blanco y coronada de flores, á la cima del Drakenfels: la ataron al árbol, como Andrómeda á su roca; únicamente pidió la dejasen las manos libres, y no creyeron que debian negarla tan pequeño favor.

El monstruo, ya lo hemos dicho, tenia una vida muy metódica, comia como se come aun hoy en Alemania. Así, en el momento en que se le esperaba salió de su caverna y subió, medio arrastrando, medio al vuelo, al sitio donde sabia encontraria su pasto. Aquel dia tenia el aspecto mas feroz y mas hambriento que de costumbre. La vispera, sea casualidad, ó refinamiento de crueldad, se le habia servido un anciano prisionero bárbaro, muy duro, y que no tenia mas que la piel y los huesos; de modo, que todos se prometieron un doble placer de aquel aumento de apetito. El mismo monstruo viendo la exquisita victima que le habian presentado, rugió de alegría, sacudió al aire su escamosa cola y se lanzó á ella.

Mas cuando estaba próximo á cogerla, la jóven sacó de su pecho un crucifijo y le presentó al monstruo. Era cristiana.

A la vista del Salvador, el monstruo quedó como petrificado; despues, viendo que ya no tenia nada que hacer allí, huyó silbando á su caverna.

Esta era la primera vez que aquellas poblaciones veían huir al dragón. Así, mientras unos acudían á la joven y la desataban, los demás habitantes persiguieron al dragón, y animados por el espanto de este, introdujeron en la caverna una gran cantidad de haces de leña sobre los que colocaron azufre y resina, prendiendo en seguida fuego.

Por espacio de tres días arrojó llamas la montaña como un volcán, por espacio de tres días se oyó al dragón luchar silbando en su caverna; al fin cesaron los silbidos: el monstruo estaba asado.

Todavía hoy se ven las señales de las llamas, y la bóveda de piedra, calcinada por el calor, se hace polvo con solo tocarla.

Se concibe que semejante milagro ayudó mucho á la propagación de la fe cristiana. Desde últimos del siglo iv, había ya muchos sectarios de Jesucristo en las orillas del Rhin.

Cuando estaba yo ocupado en admirar el magnífico paisaje que se desarrolla en veinte y cinco leguas á la redonda desde la cima del Drakenfels, la más elevada de las siete montañas, el propietario de Juanito me enseñó mucho más allá de Bonn, es decir, á cuatro ó cinco leguas sobre el Rhin, un puntito negro, que á aquella distancia apenas parecía movable, pero que con auxilio de mi anteojo ví era nuestro buque de vapor, ese otro dragón

moderno que se acercaba arrojando llamas y humo por sus abiertas fauces, batiendo el Rhin con sus alas de hierro. Empezamos á bajar de la montaña, Juanito se picó en su honra, y llegamos á tiempo á Koenigs Winter.

Volví á encontrar en el buque á los dos ingleses, el que se llamaba estudiante, de cuarenta y cinco años, y su amigo milord S... aquel viudo inconsolable de que he hablado en mi último capítulo sobre Bonn; subían el Rhin para ir en compañía hasta Maguncia, á ver en qué estado se hallaba el sepulcro de milady S...

Encontrábase también allí un holandés, que según la costumbre de su país, viajaba solo con su prometida. Es excelente la costumbre de Holanda, y que compensa perfectamente su manera de componer el pescado cocido, el permiso de viajar juntos que los desposados obtienen de sus padres. Como el viajar es la situación de la vida en que se desarrollan más libremente las buenas y malas costumbres, los futuros esposos, solo con subir el Rhin de Nimega á Strasburgo, conocen su respectivo carácter como si hubiesen ya vivido diez años juntos. Si se avienen, vuelven cogidos de la mano al hogar de sus abuelos que les dan su bendición y los casan. Si no congenian, se separan, vuelven separados cada uno en un buque, y comienzan otra vez á viajar, el novio con una nueva prometida, y esta con un

nuevo novio. Resulta de esta combinacion, que es muy raro que al séptimo ú octavo viaje, las dos mitades de almas que se buscan segun Platon y Mr. Dupaty, no se hayan encontrado.

Una vez casados, los Holandeses no salen ya de sus casas.

Apenas el de que hablo supo que estaba yo allí, miró como un deber presentarme á su prometida; era una corpulenta y bella holandesa que se creyó obligada á figurar me habia leído. En cuanto al novio, me habló mucho de la poesía holandesa, y me preguntó si conocia á dos poetas que me nombró; le respondí que no tenia ese honor. El novio partió de aquí para decirme que eran dos hombres muy superiores á Lamartine y Hugo, y que serian conocidos del mundo entero, si se pudiera pronunciar su nombre en otro país que en Holanda.

Lamenté la suerte de aquellos dos genios desconocidos y relegados á la oscuridad por una conspiracion de consonantes. Lo cual me captó la simpatía del novio y de la novia, que me hicieron mil ofrecimientos para en el caso de que quisiese alguna vez ir á Lekkerkerk. Este era el nombre de su localidad.

Felizmente el paisaje, que era maravilloso, me proporcionó ocasion de interrumpir la conversacion holandesa en que me habia metido. En aquel momento pasábamos entre Rolandseck y Nonenwerth.

La peregrinacion del *Rolandseck* ó á las ruinas de *Rolando*, es una necesidad para las almastiernas que habitan no solo las dos orillas del Rhin, desde Schaffouse á Rotterdam, sino tambien de cincuenta leguas en lo interior de las tierras. Si se ha de creer la tradicion, allí es donde Rolando, dispuesto á partir para combatir á los sarracenos de España, subiendo por el Rhin para responder al llamamiento de su tio, fué recibido por el conde Raimundo. Este, sabiendo el nombre del ilustre paladin á quien tenia el honor de recibir en su casa, quiso que fuese servido á la mesa por su hija, la bella *Ildegonda*. Poco importaba á Rolando quien le sirviera, siempre que la comida fuera abundante y el vino bueno. Alargó, pues, su vaso: en aquel momento se abrió una puerta, y entró una linda jóven con una vasija en la mano, y se dirigió al caballero. Mas cuando hubo andado la mitad de la distancia que de él la separaba, se encontraron las miradas de Rolando é *Ildegonda*, y ¡cosa extraña! ambos empezaron á temblar de tal modo, que la mitad del vino cayó en el pavimento, tanto por culpa del convidado como de la escanciadora.

Rolando debia partir al dia siguiente, mas el anciano conde Raimundo insistió para que pasase ocho dias en el castillo. Rolando conocia perfectamente que su deber le llamaba á *Ingelheim*; pero *Ildegonda* levantó hácia él sus preciosos ojos, y se quedó.

Pasados los ocho días, los dos amantes no se habían hablado de su amor, y sin embargo, en la noche del octavo, Rolando cogió de la mano á Ildegonda y la condujo á su capilla. Luego que estuvieron ante el altar se arrodillaron ambos con un movimiento unánime. Dijo Rolando :

— Jamás tendré por mujer á otra que á Ildegonda.

Ildegonda añadió :

— ¡ Dios mio! recibid el juramento que hago de ser vuestra si no soy suya.

Partió Rolando. Un año trascurrió. Rolando hizo maravillas, y la fama de sus proezas se extendió desde los Pirineos hasta las orillas del Rhin; después y repentinamente, se oyó vagamente hablar de una gran derrota, y el nombre de Roncesvalles fué pronunciado.

Una noche llegó un caballero al castillo del conde Raimundo á pedir hospitalidad; iba de España, á donde habia acompañado al emperador. Ildegonda se aventuró á pronunciar el nombre de Rolando, y entonces el caballero la refirió como en el desfile de Roncesvalles, rodeado de sarracenos <sup>1</sup>, y viéndose solo contra ciento tocó su bocina para lla-

<sup>1</sup> El autor confunde, sin duda por una equivocacion, á los sarracenos con los vascos, que fueron los que real y verdaderamente derrotaron la retaguardia del ejército de Carlo-Magno.  
(N. del T.)

mar al emperador en su socorro, y lo hizo con tal fuerza que á pesar de hallarse á mas de legua y media el emperador, habia querido volver oyéndole; pero Ganelon se lo impidió, y el sonido de la bocina, se alejó perdiéndose, último esfuerzo del héroe. Entonces le habia visto, para que su excelente espada *Durandal* no cayese en poder de los enemigos, intentar romperla contra las rocas; mas acostumbrada á hender el acero, Durandalne habia hendido el granito, y habia sido preciso que Rolando metiese la hoja en una grieta y la rompiese apoyándose encima. En seguida, cubierto de heridas, habia caido junto á los pedazos de su espada murmurando el nombre de una mujer que se llamaba Ildegonda.

La hija del conde Raimundo no derramó una sola lágrima ni exhaló un grito: únicamente se levantó pálida como un cadáver, y aproximándose al conde :

— Padre mio, le dijo, no ignorais lo que Rolando me habia prometido, ni lo que de mi parte habia prometido á Rolando. Mañana, con vuestro permiso, entraré en el convento de Nonenwerth.

Miró el padre á la hija moviendo tristemente la cabeza, porque se decia á sí mismo : ¿ es decir que Rolando era todo? ¿ Y yo no era, pues, nada?

En seguida, recordando que era cristiano antes que padre :

— ¡Cúmplase en todo la voluntad de Dios! respondió.

Y al día siguiente Ildegonda entró en el convento. Despues, como ella tenia prisa por tomar el velo, porque la parecia que cuanto mas se separase de la tierra estaria mas próxima á Rolando, obtuvo del obispo diocesano, que era tio suyo, ser redujese el tiempo de las pruebas para ella á tres meses; y pasados estos tres meses, pronunció sus votos.

Ocho dias habian pasado, cuando un caballero pide hospitalidad en el castillo del conde Raimundo. Sale el conde á su encuentro, el caballero se para y le mira estupefacto, porque en tres meses que estaba separado de su hija, el conde habia envejecido mas de diez años. Levanta el caballero la visera de su casco.

— Padre mio, dice, he cumplido mi palabra. ¿Me ha guardado Ildegonda la suya?

El anciano lanza un grito de dolor. Aquel caballero era Rolando. Las heridas que habia recibido eran profundas, pero no eran mortales. Despues de una larga convalecencia, se habia puesto en camino para ir á reunirse con su prometida.

El anciano se apoyó en el hombro de Rolando; en seguida, recobrando su valor, le condujo sin responder una sola palabra á la capilla, y allí haciéndole señal de que se arrodillara, y arrodillándose junto á él:

— Oremos, le dice.

— ¿Ha muerto? murmuró Rolando.

— ¡Ha muerto para tí y para el mundo! ¿No habia jurado no ser mas que tuya ó de Dios? Ha cumplido su juramento.

Al día siguiente por la mañana, salió á pie Rolando, dejando su caballo y sus armas en el castillo del anciano conde; se internó en la montaña, y al anocheecer llegó á la cima de uno de los picos que dominan el río; vió á sus piés, al extremo de la verde isla, el convento de Nonenwerth. En aquel momento cantaban las monjas la oracion, y en medio de todas aquellas santas voces que subian al cielo, habia una que llegó directamente á su corazon.

Rolando pasó la noche tendido sobre la roca; al día siguiente al amanecer, cantaron las monjas á maitines, y oyó de nuevo aquella voz que hacia vibrar todas las fibras de su alma. Entonces resolvió construirse una ermita en la cima de aquella montaña, á fin de no alejarse al menos de la que amaba. Puso su obra en ejecucion.

Como á las once, salieron las monjas y se esparcieron por su isla; mas una de ellas se alejó de sus compañeras y fué á sentarse bajo un sauce orilla del agua. Tenia echado su velo; llevaba el mismo traje que las demás religiosas, y sin embargo, Rolando no dudó ni por un momento que aquella era Ildegonda.

Por espacio de dos años oyó Rolando día y noche en medio de las plegarias religiosas aquella voz que le era tan querida; por espacio de dos años, todos los días á la misma hora, la misma religiosa solitaria iba á sentarse á un mismo sitio, aunque cada día se dirigía á él con mas lentitud. Al fin una noche faltó la voz. Al día siguiente por la mañana, la voz faltaba tambien. Dieron las once, y Rolando esperó inútilmente. Las religiosas se esparcieron como de costumbre por el jardín, mas ninguna fué á sentarse bajo el sauce orilla del agua. A las cuatro, las religiosas, relevándose de cuatro en cuatro, cavaron una fosa al pié del sauce; cuando la fosa estuvo hecha, Rolando volvió á oír aquellos cánticos en que continuaba faltando la voz mas dulce y sonora, y toda la comunidad salió acompañando el féretro en que yacia una vírgen cuya frente estaba coronada de flores, y que llevaba descubierto su pálido rostro.

En dos años esta era la primera vez que Ildegonda se levantaba el velo.

Tres días despues trepó hasta la cima de la montaña un pastor á quien se le habia extraviado una cabra, y encontró á Rolando sentado, con la espalda apoyada en la pared de su ermita, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Estaba nuerto.

Los dos súbditos del rey de Holanda, el novio y la novia, de quienes he hablado mas arriba, se

bajaron en la aldea de Rolanswerth, y antes que el vapor hubiese doblado la punta de Unkelbach, los vimos aparecer, amorosamente enlazados sus brazos, en la cima del Rolandseck.

Frente á la punta del Unkelbach, en la ribera opuesta, está la aldea de Unkel, con sus canteras de basalto, algunas de cuyas columnas se elevan del fondo del Rhin, como las ruinas de una ciudad sumergida; y al otro lado Remayen, la antigua Regomayen de los Romanos, á través de la que el elector palatino Carlos Teodoro hizo construir un camino, que terminó Bonaparte en 1801. Diez y seis siglos antes, Marco Aurelio tuvo la misma idea y ejecutó el mismo trabajo. Así los operarios encontraron en todas partes vestigios de la calzada romana, piedras miliarias, monedas, columnas, inscripciones y sepuleros; de modo que en rigor no hubieran tenido mas que seguir el antiguo trazado. Detrás de Remayen se eleva el Appollinarisberg, donde se conserva la cabeza de santa Apolinaria, la cual se dice es una reliquia muy milagrosa.

En este momento mi viejo estudiante inglés se acercó á mí, seguido siempre de milord S..., quien con su crespon en el sombrero y su crespon en el brazo tenia el aspecto de una dueña dolorida. El estudiante tenia en la mano una botella y dos vasos, milord S... tenia otro.

— Tomad, me dijo alargándome uno de los dos vasos, es preciso que probeis del vino de Ley, frente á la montaña donde se hace la recolección de la uva, y aunque no me habeis parecido muy aficionado, me direis lo que pensais de él...

— ¡ Oh ! respondí despues de haberle probado, es un vino excelente.

— Ya lo creo, respondió el inglés sonando la lengua; este, el *Johannisberg* y la *Leche de la Virgen*, son los mejores del Rhin.

— ¿ Y dónde se coge ese néctar ?

— Mirad, me dijo el inglés, ¿ veis aquella roca de basalto ?

— ¿ Y bien ?

— Saludadla, esa es su patria.

— ¡ Pero, si no hay una pulgada de tierra sobre vuestra roca, y á menos que salga de algun manantial !...

— ¡ Ah ! ved, querido, cuando hayais estudiado treinta años como yo, sabreis que siendo el hombre un animal industrioso, ha encontrado remedio para todo, y siempre que ha sido necesario, ha revisado y corregido la obra de la creacion. Y como aquí la creacion no habia pensado en hacer crecer la viña y el hombre ha conocido que le vendria perfectamente la cepa; reconocido esto, se ha plantado la cepa en canastillos; y ha llevado sus canastillos á la montaña; la vid ha producido en ella,

ha madurado la uva como si estuviera en el suelo todo de tierra, y se hace este vino.

— Es excelente.

— Ya lo creo, milord, *another glass tho memory of that dear lady* <sup>4</sup>.

— ¡ Hen ! pronunció el inglés tragándose compungido su *wein ley*.

— Ya lo veis, me dijo su camarada; segun las palabras del Salmista, bebe su vino mezclado con sus lágrimas. Yo le prefiero puro; ¿ otro vaso ?

— Gracias.

— Por mi parte, bebo siempre tres al pasar por este sitio. El primero por mí, el segundo... reconocimiento al inventor desconocido del sistema de la vid en cesto, y el tercero en honor al señor de Alpenahr; ya veis que habeis faltado en dos vasos.

— ¡ Muy bien ! el primero lo he bebido por corresponder á vuestra invitacion. Voy á beber el segundo en reconocimiento al hombre de las cestas; mas en cuanto al tercero, como el vino del Rhin, que por lo demás yo aprecio mucho, me ataca terriblemente á los nervios, me permitireis os preguntate quién era el señor Alpenahr, antes de beber á su memoria.

— ¡ Ah ! pues bien, el señor de Alpenahr era un

<sup>4</sup> Otro vaso en memoria de aquella querida milady.

digno caballero, cuya mansion estaba situada en la vega que termina en el Rhin, allí, precisamente á nuestra derecha, y que se llama Lahr. Hallábase sitiado por uno de sus enemigos, cuyo nombre no recuerdo, mas no importa; en el momento en que el sitiador plantaba su bandera sobre las murallas, el señor de Alpenahr apareció á caballo y armado de punta en blanco en su balcon, y dirigiéndose á su enemigo: « Conde Hermann, le dijo (se llamaba Hermaun), vuestros dardos y vuestras piedras han matado á mis gentes. El hambre y la peste me han arrebatado mi mujer y mis hijos: nadie queda en el castillo mas que yo y mi caballo de batalla; no cogereis vivos ni al uno ni al otro. Adios, conde Hermann, ¡ y maldito seais ! »

Dichas estas palabras, picó espuela á su caballo, que saltó relinchando por encima de la barandilla del balcon, y desapareció con su señor en las ondas.

— ¡ Oh ! no puedo negarme á beber un vaso de vino del Rhin á la memoria de tan valiente caballero; llenadle, sir... — Si no habeis olvidado vuestro nombre como el del conde Hermann, me atreveré á preguntarle.

— Sir Patrick Warden.

— Pues me parece que sois injusto, sir Patrick.

— ¿ Cómo es eso ?

— Bebeis á la memoria del caballero de Alpenahr ; y olvidais su caballo !

— ¡ Por mi alma ; teneis razon ! ¡ En ese caso, tengo que hacer un gran recuerdo ! Hace diez años que subo y bajo el Rhin. A cuatro veces por año (y hago un cálculo muy bajo) resultan cuarenta vasos que debo beber á los manes del caballo. Mozo, otra botella de vino de Ley. — Milord, este caballero dice una cosa muy justa, continuó en inglés sir Patrick, y dirigiéndose á milord...

Me aproveché de la explicacion para ir al otro extremo del buque, y desde allí ví á milord reconocer visiblemente el error que su compañero habia cometido, ayudándole tanto como le era posible á rectificarle.

Recibieron mas de seis botellas de vino de Ley, pero sir Patrick, que era hombre de mucho arreglo, se encontró al corriente de sus cuentas.

En tanto continuábamos avanzando y habíamos pasado á Leusdorf con la torre blanca de su iglesia ; Linz, tomada por Carlos el Temerario en 1476, es decir, un año antes de su muerte ; Jenzig, la antigua *Sentiacum* de los Romanos, fundada por Sentino, lugarteniente de Augusto ; Argenfels y su antiguo castillo ; Reineck, donde murió en 1544 el último descendiente de la familia de este nombre ; Brohl, encantadora aldea, cuyos techos rojos y azules brillan á través del velo que forma el ramaje de